

# 1

A veces la vida toma la inquietante decisión de cambiarte todo el camino, de quitar a personas importantes sabiendo lo mucho que dolerá su partida, su falta y aún más, su olvido.

Hago el último nudo a mi corbata y en cuanto lo termino, lo deshago y recurro a mamá para que me ayude. Nunca me ha gustado usar traje, la gente lo suele utilizar para ocasiones especiales, pero ¿qué tiene de especial un funeral?

Peleo arduamente con un zapato recientemente lustrado con cera negra y un trapo viejo recién limpiado. Es un sufrimiento estar tratando de hacer que mis pies entren en estos zapatos que compré hace un par de años siendo que con la adolescencia mis pies aumentaron de tamaño.

Acomodo el cuello del saco de vestir y quedo completamente listo para irme. El funeral no es de un familiar, ni de un simple conocido o de alguien cercano a la familia, el funeral es de mi recientemente fallecida novia <<o exnovia>> Sara. Está de más decir que la quería, la amaba. Era ese pedazo de alma que rellenaba por completo mi felicidad.

Ella era lo que todo hombre futbolista anhela: iba a todos mis partidos, siempre con una bebida rehidratante por si la necesitaba, festejaba mis goles y me abrazaba al terminar cada partido, aunque estuviera empapado en sudor.

Recuerdo las veces que entrenábamos juntos futbol, a cualquier hora porque cualquier hora era la indicada para vernos. No teníamos una rutina porque confiábamos en la espontaneidad del momento. Podíamos estar una o dos horas solo golpeando el balón para que rodara hasta llegar al otro y no nos aburríamos. Éramos una relación simple, seria, tranquila, sin prisas, sin enojos, sin falsedades. Sin embargo, éramos.

A mis padres les dolió mucho la pérdida, pero no la pérdida de Sara, si no la pérdida de mí, porque desde que ella falleció, una parte de mí se marchó al más allá.

El momento donde Sara dejó de pertenecer a este mundo fue estando entre mis brazos después de haber sido golpeada, yo me salvé en el accidente, pero ella no, no pude defenderla. Minutos antes del deceso, habíamos ido por unas bebidas a un lugar que solíamos visitar cada vez que nos extrañábamos, yo estaba algo molesto con la persona que se encargó de atendernos y no pude evitar transmitirle mi enfado a Sara, parecía como si estuviese enojado con ella. Sé que estuvo mal desquitar mi furia con ella, no tuvo absolutamente en nada la culpa y quisiera encontrar una manera de pedirle perdón, que lamento tanto el haberme portado así, pero es demasiado tarde para poder ser perdonado.

Echo un vistazo a mi cuerpo a través del espejo del baño, aborrezco mis ojeras. Luego peleo contra el tonto cabello parado que tengo en el área del remolino sobre mi cabeza, el gel parece no ser suficiente por lo que meto unas tijeras a escondidas al baño y corto el indomable mechón de cabello parado. Reviso mis dientes, están blancos y chuecos, nunca me recuperé de aquella pedrada que me dio mi amiga de la infancia en un diente y que, por su culpa, perdí medio diente. Parece que hoy es día de quejarme por todo, bromeo.

Coloco una rosa en el bolso izquierdo de mi saco, justo en mi corazón. Es una rosa con pétalos color rojo, sus preferidas.

Mis padres están listos al igual que yo, mi hermano no irá, no me sorprende después de ver cómo es él.

¿Qué se sentirá visitar por última vez a un ser querido sabiendo que ya no lo volverás a ver? Viéndolo decirte adiós sin siquiera verte a los ojos.

Salgo de mi casa y espero a mis padres sentado en una de las sillas mecedoras de mamá en el jardín. Miro el árbol que me trae el recuerdo de cuando escribió en él nuestras iniciales como toda una marca de nuestro amor callejero. Volteo hacia arriba, evitando ver al sol para no lastimarme los ojos, le pregunto al cielo si dónde estará Sara, aunque sé que no me responderá no dejo de verlo, esperando en algún punto, obtener una respuesta.

Tapo mi rostro con ambas manos antes de derramar una lágrima y la limpió antes de que caiga al piso. Así será mi vida cada vez que la recuerde, al menos hasta que logre olvidarla.

Mis padres salen de casa, al verme no dicen nada, solo continúan caminando hacia el automóvil y esperan a que suba. Antes de entrar al auto entro a casa para lavarme la cara e irnos.

El camino lo siento tan gris. Normalmente me entretengo viendo a través de la ventana casi cualquier cosa que haya pero ahora, el azul del cielo y la música melancólica de la radio empeoran todo. Papá al ver mi expresión facial a través del espejo retrovisor cambia la radio de estación, me conoce, pero al cambiar de canción, se reproduce la canción en inglés que le dedicaba a Sara, *“iré contigo a dónde sea que vayas”*. Se me forma una pequeña sonrisa acompañada de un suspiro y una vista al suelo, recordando los momentos que solíamos cantar con nuestro inglés tan malo que parecía que cantábamos en un idioma aún desconocido para la humanidad. Desde ese día prometí que aprendería a hablar en inglés solo para cantarle esa canción y tocarla en mi guitarra, llevaba una semana planeando llevarle serenata a su casa y me imaginaba cómo sería su expresión al escucharme cantar por primera vez.

Viéndole el lado positivo a esto, es que, bueno, no hay lado positivo.

La lentitud de las personas al conducir en la ciudad nos retrasa un poco pero al final llegamos al cementerio.

Todo está tan negro y triste que ni siquiera los cientos de colores en las flores opacan la oscuridad. Al bajar del carro, veo a lo lejos a sus padres que puede ser que estaban esperándome.

-Lo siento, me retrasé un poco. -Le digo a la mamá de Sara cuando me acerco.

-No te preocupes, la misa apenas va a comenzar.

Tomo un lugar entre el público y guardo el mayor de los silencios. Jamás una misa la había sentido tan profunda y extremadamente dolorosa. Recuerdo haber sentido algo similar en el funeral de mi tía fallecida pero fue más por el dolor de ver a mis familiares adoloridos por la pérdida.

-¿Cómo te sientes? -Una voz detrás de mí pregunta. Al voltear me doy cuenta de que es mi mejor amiga Estefanía quién me mira a los ojos.

-¿Acaso puedo elegir cómo sentirme? -Esa respuesta hace a Estefanía cambiar su mirada a otro destino y la silencia por completo.

Siento que le respondí bastante fuerte, por lo que volteo a verla de nuevo y le pido disculpas.

La misa acaba y lo siguiente que se tiene que hacer es enterrarla, decirle por primera y última vez: adiós.

De verdad no quise ver su cuerpo dentro del ataúd porque no lo soportaría. Sé veía hermosa mientras dormía en los sillones de la sala de su morada, pero esto es diferente.

Su cara está bastante maltratada por el accidente y tuvieron que acomodarle unos huesos para que se viera de la mejor manera posible en la última vez que sea vista.

Los encargados de la funeraria comienzan a hacer el recorrido hacia el lugar designado para el entierro, y es ahí cuando las personas que trataban de contener las lágrimas, se rinden

finalmente y cuando quiénes ya se encontraban llorando, tienden a sentir cómo en su pecho se acumula demasiada presión que les inhabilita su respiración.

No hay enormes cantidades de flores, no hay la música tradicional que se escucha en un entierro, ni mucho menos hay personas vestidas con ropa tan cara como el ataúd, pero si hay muestras de ese amor que tenían los familiares de Sara hacia ella.

Ella no murió, o eso es lo que quisiera pensar.

Ver cómo se hunde y se va llenando de tierra su última morada es como ir alimentando la tristeza y el vacío en mí. Sé que pude haber hecho más por ella, pero la vida me explicó de la manera más dura que hay que darlo todo por la persona que amas desde un principio, no importa si esa persona ya es tuya, si te pertenece, si su corazón es solo para ti, siempre hay que alimentarlo. Lo que me pasó fue que, en una tonta pelea, en una racha de enojo que tomé, no le dije lo mucho que la quería, no le dije que las cosas que salieron de mi boca en ese momento no eran verdad, que solo necesitaba tranquilizarme, que fui un tonto y que ahora que me doy cuenta que quiero decirle tantas cosas, ya no puedo. Quisiera que despertara tan solo cinco minutos y decirle todo esto, darle un último abrazo, un último beso y decirle lo mucho que la quiero y que la voy a necesitar bastante pero, pero...

-¿Quieres un pañuelo? -Se acerca mamá a preguntar, ella siempre sabe cómo me siento.

-Gracias. -Lo tomo y casi inmediatamente limpio mis lágrimas apenas salientes. Mi padre se acerca por un lado mío.

-Realmente no sé qué tan mal te sientes, ni lo difícil que vaya a ser para ti esto, pero mira a tu familia, míranos a nosotros, nos tienes. Aún vives para disfrutar la vida, tu vida. En ese accidente que tuvieron, solo ella perdió la vida y tu quedaste intacto,

entiéndelo, hijo, estás aquí por algo. -Habla papá mientras mi llanto se acelera un poco por el sonido suave de su voz. Aunque sus palabras fueron mandadas por un ángel, no logran hacer que me resigne para siempre.

-Gracias, lo tendré en cuenta. -Fue lo que pude responder con mi voz tan cortada y el nudo tan amargo de tristeza en mi garganta.

Sara, donde quiera que estés, te extraño y te quiero aquí conmigo, no solo en mi corazón, sino aquí conmigo, de verdad. Listo, la última pala llena de tierra ha sido derramada sobre el ataúd que ha quedado completamente bajo tierra. Comienzan a colocar los arreglos florales que durante un tiempo adornaran el cementerio hasta que se marchiten y llegue una ocasión especial para volverlo a adornar.

-Así es la vida. -Se acerca el padre de Sara por detrás de mí y me toma por el hombro-. A veces somos golpeados tan fuertes que la fuerza del impacto nos hace retroceder, pero si conocemos el camino, sabremos llegar ¿verdad? Prométeme, muchacho, que seguirás siendo una persona de bien, que no te dejaras vencer por algo que parece tan rutinario hoy en día. Prométeme que vas a recordar a mi hija por lo que fue, una guerrera, que luchó por mantenerse con vida pero que, desgraciadamente, tuvo que hacerse a un lado de nuestro camino.

-Nunca conocí el lado oscuro de su hija, siempre fue buena conmigo. Por más que intentara hacerla enojar o molestar en ningún momento se disgustó conmigo. Siempre fue un amor. Quizá suene egoísta de mi parte pero lo que más me duele de perderla es que ya no tendré en quien darle fin a mi tristeza. Cada vez que yo me sentía mal, ella estaba atenta, conocía perfectamente todo de mí, sabía en qué momentos me sentía terrible y cómo hallarle solución a todo problema. Eso es lo

que más voy a extrañar de Sara. -Se hace una pausa a la triste conversación mientras los dos miramos perdidamente el suelo.

-Comprendo todo lo que dices, Daniel, pero si sigues así no cumplirás la promesa que te pedí.

-Tanto usted como yo debemos prometerlo. -Dejé salir un breve suspiro y continué-. Lo prometo.

-No tengas miedo a ser valiente. -Fue lo último que me dijo el padre de Sara antes de despedirse de mí y darse la vuelta para ir con sus familiares.

Mis padres se acercan y dan la indicación de que ya debemos irnos. Sigo el camino hasta el automóvil y me tiro al asiento trasero, estropeando por completo la flor en mi bolsillo. La tomo, la miro con una perdición terriblemente vacía, con los dedos de mi mano derecha comienzo a arrancar pétalo por pétalo hasta dejar a la flor convertida en un insignificante tallo sin su belleza.

Estoy a finales del tercer año de preparatoria y no quiero que mi casi perfecto promedio se vea afectado por esta situación.

Necesito urgentemente el apoyo moral que mis amigos me pueden llegar a dar. Los necesito, los necesito de verdad. Pero no quiero que me pregunten cómo me siento, porque la respuesta es obvia y el pensar en responder me haría sentir incluso más deprimido.

Al llegar a casa, el único ruido que hay es el producido por el aire acondicionado, los televisores están apagados sin intención alguna de ser encendidos.

Entro a mi habitación, veo en el escritorio una hoja de papel y un lápiz sin filo, tomo un sacapuntas para afilar el lápiz y sin pensarlo, voy a escribir un poco. Abro por última vez mi corazón hasta que alguien pueda desencadenarlo de nuevo, y escribo: